

defenderse y atacar : resultó pues que casi todos fueron muertos ó prisioneros, mientras que los soldados, batiéndose en retirada y por compañías, entraron en la ciudad sin haber perdido ningun hombre, en tanto que los vecinos habian tenido cien muertos, doscientos heridos y trescientos prisioneros.

Resultó de esta aventura, suscitarse un descontento general entre los de la ciudad y los soldados, pues, pretendian haberlos abandonado en esta ocasion.

Así es que, tanto por esto como para salvar sus intereses particulares, sus hijos y esposas, determinaron entablar conferencias secretas con el duque Carlos, prometiéndole, si este les garantizaba sus bienes y sus vidas, que una noche abririan las puertas de la ciudad para que entrasen las tropas Francesas, y que prenderian al conde de Montfort en su mismo castillo.

Estas ofertas eran muy ventajosas al duque de Normandía, para que las rehusase. Fueron acordadas en el momento; y al prefijado dia, los Franceses encontraron la puerta abierta, marcharon derechos al palacio, y antes que el conde de Montfort pudiese siquiera pensar en defenderse, lo aprisionaron y condujeron al campamento, y entraron en la ciudad, no como enemigos, sino como amigos, pues así lo habian prometido.

Carlos de Blois puso buena guarnicion en Nantes, y se volvió á Paris con su prisionero, el conde de Montfort, el cual fué encerrado en la torre del Louvre como reo de traicion y deslealtad.

XXX

UN ARROJO IMPRUDENTE

Mientras que estos acontecimientos tenian lugar en Nantes y Paris á fines de diciembre de 1341, Eduardo, que sabia que las hostilidades habian empezado entre Bretaña y Francia, se preparaba á enviar, segun lo habia prometido, tropas á su vasallo; pero Juan de Neufville llegó una mañana de Newcastle, del cual, como hemos dicho, era gobernador, á decir al rey que en aquellos momentos se ocupara de sus negocios, antes de pensar siquiera en intervenir en los ajenos.

Ya hemos dicho como el rey David habia hecho su llamamiento, y como cada cual se habia apresurado á contestar, fuera por amor á él, fuera por odio á la Inglaterra : el resultado fué, que su ejército fué reclutado en el instante con mas de sesenta y cinco mil hombres y tres mil caballos. David Bruce, despues de haber reconquistado todo su reino, penetró

en el de Inglaterra, y dejando á su izquierda el castillo de Roxbourg y la ciudad de Berwick, donde estaba encerrado Eduardo Balliol, su competidor al trono de Escocia, vino á acamparse ante la fortaleza de Newcastle, á orillas del Tyne.

Esta expedicion no empezó bajo felices presagios; porque la noche misma en que el rey David habia llegado, una tropa de los sitiados salió por una poterna, penetró hasta la mitad del campo escocés, y sorprendiendo al conde de Murray en su mismo lecho, le condujeron prisionero á la fortaleza. Este Murray era un valiente caballero, que habia heredado de su padre, regente durante la menor edad de David, un amor poderoso y fiel á su país y á su rey. La mañana siguiente, David ordenó el asalto; pero despues de dos horas de un encarnizado combate, y con gran pérdida de los suyos, tuvo que retirarse con el resto, y se dirigió hácia Durham.

Apenas Juan de Neufville vió retirarse á los enemigos, montó en uno de sus mejores alazanes, y á los cinco dias llegó á Chertsey, donde se hallaba á la sazón el rey de Inglaterra. El rey, en el momento, determinó una quinta, que comprendia á todos los Ingleses desde la edad de quince años hasta los sesenta cumplidos.

Empero, queriendo juzgar por sí mismo de las fuerzas y de los proyectos de la armada enemiga, partió de Northumberland y se dirigió á Berwick. Apenas llegó, supo que Durham habia sido tomado por asalto, y que todos sus habitantes habian sido degollados, hasta los monjes, las mujeres y los niños, los cuales habian sido quemados en una iglesia,

donde se habian refugiado para buscar un asilo.

La llegada del rey á Berwick fué suficiente para determinar á David Bruce á retirarse á las fronteras de Escocia: vadeó el Tweed, y como se aproximase la noche, mandó hacer alto y estableció su campamento á poca distancia del castillo de Warek, en el cual la bella Alicia de Grafton esperaba la vuelta de su marido, prisionero de guerra en el Chatelet de Paris.

La fortaleza de Warek bien merecia este nombre, porque rodeada de sólidas murallas y elevados torreones, se hallaba defendida por nuestro antiguo conocido Guillermo de Montaignu y por unos cien guerreros tan valientes y leales como su capitan.

El jóven gobernador escogió cuarenta guerreros bien montados y bien armados, y acometió la retaguardia de la armada escocesa al pasar por un desfiladero, le mató doscientos hombres y le robó ciento veinte caballos cargados de alhajas de plata y oro; los gritos de los heridos y el ruido de las armas cruzó por todo el ejército y llegó hasta Guillermo Douglas, que mandaba la vanguardia. La serpiente, á la cual habian mordido en la cola, volvió su cabeza para devorar la pequeña tropa; pero esta estaba ya en el castillo con sus prisioneros y su botín.

Douglas corrió hácia las murallas y empezó á combatir á los que las defendian. Los caballeros de Suecia y de Noruega, los príncipes de Horcades y Hebrides, viendo empezado el combate, vinieron á socorrer á los sitiadores; en fin, el mismo David Bruce, con el resto del ejército, vino á mezclarse en el combate: este fué largo y sangriento. El castillo

estaba atacado y defendido vigorosamente. Los dos Guillemos hacian maravillas.

Por último, el rey, viendo que sin máquinas de guerra no adelantarian nada, y que los mas valientes de sus soldados habian ya perecido al pié de las murallas, mandó cesar este asalto improvisado. Pero Guillermo Douglas estaba tan empeñado en el combate, que tuvo David que prometerle no se alejarian del castillo, sin haberlo destruido antes y haber recogido el botín que les habian robado.

Al momento, los sitiadores se retiraron á un tiro de piedra del castillo, y empezaron sus preparativos. Una parte del ejército empezó á tirar sus líneas, á levantar las tiendas, y á preparar los arietes y demás instrumentos de guerra que debian servir para el asalto del dia siguiente, mientras que la otra se ocupaba en preparar los ranchos.

Tal era la escena que pasaba á poca distancia del castillo de Warck, escena de vida y de animacion que preludiaba, si me es permitido expresarme así otra escena de carnicería y de muerte.

De tiempo en tiempo, de aquel espacio sombrío se elevaban y hendian los aires gritos prolongados, quejidos de muerte y sonidos inarticulados, que parecian no pertenecer á personas de este mundo, sino á fantasmas aterradores que se destacaban de los abismos... escena terrible que hacia estremecer sobre las murallas á los mas bravos centinelas.

Entonces, una flecha inflamada atravesaba el aire como una exhalacion, é iba á sepultarse todo entera en la tierra, iluminando por un momento con su fatídico resplandor aquel campo de muerte y exterminio. El objeto de los sitiados, al repetir de cuarto en

cuarto de hora esta maniobra, era impedir á los del campamento el venir á socorrer á los heridos, y á estos el reunirse á los del campo; porque si á la luz de estas improvisadas antorchas los guerreros veian dirigirse un hombre sobre la fúnebre explanada, en el momento caía atravesado por la flecha de los arqueros Ingleses; entonces el infeliz que habia querido reunir sus últimos esfuerzos para escapar de la muerte, caía herido por un nuevo golpe, encontrando la guadaña destructora, cuando habia soñado siquiera en un segundo de vida. Las mas veces, como esta luz temblorosa daba por sus vacilaciones apariencias de vida á los cuerpos imóviles—una nueva flecha hendía el espacio, y venia á sepultarse en el corazon inanimado de un cadáver.

Así era, como lo hemos dicho, así era el espectáculo aterrador que presentaba aquella noche sombría; y sin embargo, apoyado en la puerta de entrada de la plataforma del castillo de Warck, un hombre velaba armado de punta en blanco, sin que pareciese recibiera ninguna impresion de la escena que pasaba ante él; estaba de tal modo absorto en sus pensamientos, que no se apercibió que una mujer, que en la ligereza de sus pasos se hubiera tomado por una sombra, habia subido á la plataforma por una escalera secreta y se habia aproximado á él.

No obstante, luego que llegó á la distancia de algunos pasos, ella se detuvo vacilando, y apoyándose contra el muro, se quedó inmóvil.

Ya hacia algunos instantes que ella estaba en esta posicion, cuando el grito de *alerta* se dejó oír en el ala opuesta del castillo, y siguiendo de centinela en

centinela, llegó hasta el jóven, que volviéndose para contestar á su vez, distinguió aquella mujer blanca, inmóvil y silenciosa como una estatua. Entonces, el grito empezado se apagó en sus labios, hizo un movimiento para aproximarse á ella, pero se detuvo al punto por un sentimiento que un observador superficial hubiera conocido que era respeto. En este momento, el centinela viendo que su grito no habia sido contestado, lo profirió con mas fuerza, por segunda vez; el jóven pareció entonces hacer un esfuerzo sobre sí mismo, y con una voz en la cual era fácil reconocer una alteracion sensible, repitió el grito nocturo y vigilante, que se fué alejando y perdiendo en el sepulcral silencio de la noche.

— Bien, mi gobernador, dijo entonces con dulce voz la blanca aparicion; ya veo que cumplis bien vuestro deber, y que estamos por ahora seguros. No obstante, en un principio llegué á dudar de vuestra vigilancia, porque llegué hasta aquí y no me habiais oido, ni tampoco sentisteis el ruido de mis pasos.

— Es verdad, señora, es imperdonable en mí el que no os haya sentido; pero esas huestes escocacas, que ante mi vista se hallan, me tienen, á la verdad, muy pensativo, porque reflexiono en un asalto, y temo por...

— ¿Y porqué, continuó la jóven sonriendo, porqué, mi querido sobrino, no habeis asistido á la cena con que he obsequiado á nuestros valientes capitanes? me parece que tendríais un buen apetito, á causa del ejercicio que hoy habeis hecho.

— No he asistido, porque no he querido confiar á nadie la vigilancia del noble depósito que me ha

sido encargado... ¿hubiera estado yo tranquilo un solo instante, si no hubiera estado aquí?

— Yo creo mas bien, Guillermo, continuó la condesa, que haceis penitencia para expiar el imprudente arrojó que nos ha proporcionado este sitio. Si este es el verdadero motivo para que nos abandoneis, yo os relevo de vuestro castigo y os perdono. No obstante, seguidme al consejo, donde hace falta vuestra experiencia y vuestro voto.

— ¡Al consejo!

— Sí, he reunido un consejo para deliberar...

— ¿Qué? exclamó Guillermo con ardor, espero que no se tratará de rendirse, y que no olvidarán que yo soy el dueño de este castillo, mientras que el conde de Salisbury no me releve de mi destino.

— ¡Buen Dios! ¿quién os habla de capitulacion, señor gobernador? tranquilizaos, nadie se ocupa de eso; pero contad bien esa multitud de guerreros que nos rodea, ved los terribles preparativos en que se ocupan, despues, contad nuestros soldados y examinad nuestros medios de defensa... Guillermo, seria una imprudencia que contáramos con nosotros solos.

— Y habrá bastante, con la ayuda de Dios, señora, respondió Guillermo con orgullo; y yo creo que dos ó tres asaltos como el de hoy serán bastante para hacer perder á nuestros enemigos, por mas numerosos que sean, no solamente la esperanza de tomarlos, sino que tendrían que huir vergonzosamente. Ahora poco me decíais que contase los soldados que nos cercan; pues, tratad de contar vos los muertos.

En efecto, una flecha inflamada acababa de partir de las murallas, y habia ido á clavarse en medio

del campo de batalla, lleno de cadáveres y heridos.

Alicia siguió con la vista el metéoro guerrero que esclareció la esplanada por algunos segundos.

Ella vió entonces á un hombre que iba de cadáver en cadáver, como si tratase de reconocer alguno; en fin, arrodillóse junto á uno de ellos y le levantó la cabeza. En el mismo instante un silbido atravesó el espacio; oyóse un grito, el hombre se puso en pié como para huir, pero cayó exánime al momento sobre el cadáver que había venido á buscar; despues se extinguió la luz, todo se envolvió en el tenebroso caos, algunos quejidos partieron de entre las tinieblas... despues, todo volvió al normal y sepulcral silencio que antes existiera.

Guillermo sintió en este momento que la condesa vacilante se apoyó en su brazo, y él mismo tembló á su vez, porque al través de su férrea armadura, aquella mano lo había abrasado: Alicia, temblorosa sobre sus rodillas, estuvo próxima á caer... Guillermo la sostuvo.

— ¡Oh! murmuró la jóven pasando la mano por su frente, ¡cuán terrible es un campo de batalla! Durante el dia no intimida tanto. Bien sabeis cuán decidida y animosa he estado; pues bien, todos esos hombres que he visto caer en medio del ruido y de la carnicería, todos esos gritos de muerte que he escuchado, no han conmovido tan dolorosamente mi corazon, como la caída de ese infortunado que buscaba el cadáver de un padre, de un hijo, ó de un amigo, para rendirle los santos deberes de la sepultura. ¡Oh! escuchad, escuchad, ¿no oís aun gemidos sordos y plañideros?

— Es verdad, señora, respondió Guillermo; mu-

chos de los que habían caído en ese lecho sangriento, que vos acabais de entrever, aun no habían espirado y ahora acaban de morir. Son guerreros, y así deben acabar.

— Sí, es verdad, el guerrero debe acabar en medio del ruido de la batalla, á la vista de sus compañeros de armas, al sonido de los instrumentos bélicos que anuncian el combate, así debe acabar; pero morir lenta y dolorosamente lejos de todas las personas de su afecto, en una noche tan oscura que no se distingue ni los mas próximos objetos; morir mordiendo y maldiciendo una tierra extranjera, empapada con su sangre... ¡oh! ¡esa es la muerte del parricida, del hereje, del condenado!... ¡Oh! Guillermo, me estremezco, tiemblo, pierdo el valor...

— ¿Qué quereis decir? exclamó Guillermo con calma.

— ¿No habeis oido contar las atrocidades cometidas en Durham? ¿No habeis oido decir que todo ha sido devorado sin piedad por esos bárbaros Escoceses, todo hombres, ancianos, niños y mujeres?

— Pero vos no temais semejante cosa, para que lleguen hasta vos, señora, es preciso que pasen antes sobre mi cadáver.

— Sí, lo sé, Guillermo, contestó tranquilamente Alicia; pero ¿y despues?... El castillo podrá ser asaltado, á última hora quizá me falte el valor para asesinarme, porque soy mujer, y por consiguiente tengo el corazon y el brazo débil ante la muerte.

— Pues bien, exclamó Guillermo, entonces yo seré el que... pero miserable, ¿qué voy á decir? perdonad, señora, estoy loco.

— Gracias Guillermo, dijo Alicia tendiendo su blanca mano al joven gobernador; mi pensamiento ha despertado el vuestro, está bien, ya no temo ni por mi honor ni por mi vida.

— ¡Oh! señora vuestra vida, vuestro honor, es mi existencia y mi honra.

— Si, y cuando me volvais á mi marido, sino viva como me entregó á vos, me volveréis á lo menos muerta... pero con honor... Pero, Guillermo, esto no sería sino en un extremo, y aun tenemos un medio.

— ¿Cuál?

— Dicen que el rey está en Berwick reorganizando el ejército.

— ¡Cómo!

— Si, y Berwick no dista de aquí sino pocas horas de camino.

— ¡Y qué! ¿vais á pedir socorro vos misma á Eduardo? dijo Guillermo palideciendo.

— Y estoy segura de que me lo concederá al momento.

— ¡Oh! ¡Dios Santo!

— ¡Dudais!...

— No lo dudo, ¿pero lo recibiréis en este castillo, señora?

— ¿No es mi rey, mi dueño; no es el soberano, al cual mi marido ha jurado fe y lealtad?

— ¡Oh! sí.

— Y si nos socorre y nos salva en la aflictiva ocasion en que nos encontramos... entonces tendrá derecho á mi reconocimiento.

— Y á vuestro amor, murmuró Guillermo cubriéndose la cara con su guantelete.

— ¡Caballero! dijo la condesa con fria dignidad.

— ¡Oh! perdon, perdon, señora, pero ignorais eso, porque siempre cubre un velo á la virtud... mas si hubiéseis seguido como yo sus miradas cuando se han fijado sobre vos, si hubiéseis estudiado el sonido de su voz, cuando os ha hablado, si lo hubiérais visto sonrojarse y palidecer, cuando se ha aproximado á vos, si hubiérais estado despierta cierta noche, cuando á vuestro lado yo velaba, ¡oh! entonces no dudaría que ese hombre os ama; y ese hombre es el rey.

— ¿Qué me importa, dijo Alicia, que el amor insensato que yo inspire parta de un rey ó de un plebeyo? Yo amo demasiado á mi noble esposo para estar segura que ninguna seduccion me hará faltar á la fidelidad que le he jurado; y por mas cierta que esté yo de mi belleza, nunca la créo tanta como para inspirar una pasion que salga fuera de los límites del deber. Así pues, Guillermo, si este solo es el motivo que teneis para desechar el medio que os he propuesto, no veo ninguna razon para que lo abandonemos; y si, os suplico que busqueis entre los habitantes de este castillo uno valiente y decidido que quiera atravesar el campo escocés y llevarle un pliego al rey de Inglaterra.

— Yo conozco uno, señora, que morirá gustoso solo por obedeceros, respondió tristemente Guillermo; volveos á la sala del consejo, escribid vuestros pliegos, y dentro de un cuarto de hora el mensajero estará pronto.

La condesa estrechó la mano de Guillermo en agradecimiento, y se alejó ligera como habia venido.

Guillermo la siguió con los ojos hasta que la per-

dió de vista. Entonces llamó á un escudero con cuya vigilancia podia contar, lo puso en su puesto, y se alejó lanzando un profundo suspiro.

La condesa habia vuelto al consejo, en el que se extendieron los pliegos que se habian de dirigir al rey. Alicia acababa de firmarlos, cuando entró Guillermo de Montaignu.

El poco tiempo que habia trascurrido, le habia sido suficiente para mudarse de vestido; en vez de su férrea armadura, llevaba un justillo azul y negro como el de los arqueros, un pantalon rayado de los mismos colores y una gorra de terciopelo negro. En cuanto á sus armas, consistian tan solo en un corvo cuchillo, un arco de tejo y un carcaj lleno de flechas.

Aproximóse á la condesa, é inclinándose ante ella, le dijo :

— ¿Señora, están listos esos pliegos?

— ¿Qué significa esto? exclamaron los caballeros del consejo; ¿sois vos tal vez el mensajero?

— Señores, contestó Guillermo, tengo tan gran confianza en vuestro valor y en vuestra lealtad, que á vosotros dejo la defensa del castillo. En cuanto á mí, he querido aventurar esta empresa, porque tengo un presentimiento de que ha de ser feliz, y antes que capituleis, me he de hallar en esos llanos con las tropas del rey, poniendo en fuga las huestes escocesas.

Los caballeros aplaudieron esta resolucion; la condesa tendió los despachos á Guillermo, que dobló una rodilla para recibirlos.

— Yo rogaré por vos, dijo Alicia.

— Dios me conceda la gracia de morir durante

vuestras preces, porque estoy seguro de subir al cielo.

En este momento el reloj del castillo dió la hora, y se oyeron los *alertas* de los centinelas de muralla en muralla, de torreón en torreón.

— ¡Media noche! exclamó Guillermo, que habia contado cada campanada del reloj; no hay que perder ni un segundo.

Y salió de la sala del consejo con toda la velocidad de su vigorosa juventud.

con la atención de un hombre cuya vida depende de la finura de sus sentidos. En efecto, una patrulla de soldados á caballo se aproximaba por su lado, siguiendo como él las orillas del Tweed. Echarse hácia la derecha era perder la probabilidad de salvacion que se habia procurado, hizo pues por deslizarse entre las altas yerbas que cubrian la ribera, y agarrándose á las ramas de las adelfas, se encontró oculto entre el intervalo cóncavo que existe entre la orilla y el agua que se deslizaba á sus piés; allí el ruido del torrente cubrió un instante el de los hombres, y en un principio creyó haberse engañado, pero pronto los relinchos de los caballos le probaron lo contrario. Algunos segundos despues, comenzó á escuchar el eco de las voces y á poder coger algunas palabras de la conversacion. Guillermo se aseguró de que su cuchillo estaba pronto á salir de la vaina; enseguida miró al agua, y vió que no tenia mas que soltar las ramas donde estaba agarrado para caer en el rio. Satisfecho de que podia combatir ó huir, segun la urgencia, prestó de nuevo su atención al ruido de voces que se aproximaba cada vez mas.

— ¿Y vos creéis, capitán, decía uno de ellos, que á causa de esta infernal noche, las máquinas de asalto no estarán listas hasta mañana á la tarde?

— Así es, monseñor, como me lo ha afirmado el capitán de los obreros.

— ¡Voto á brios! pues mira, Gregorio, mañana por la mañana irás con un heraldo al pié del castillo, arrojarás á sus murallas mi guantelete y desafiarás á Guillermo de Montaignu, para que en nombre

XXXI

PELIGROS SOBRE PELIGROS.

Guillermo se hizo abrir una poterna del castillo, y enteramente solo, atravesó el campo de batalla sin accidente alguno.

La noche estaba sombría y lluviosa, y por consiguiente favorable á su proyecto, y como el agua que caía á torrentes retenía á los Escoceses en sus tiendas, ignorante de si podria salir con tanta felicidad como habia entrado, orientóse antes de penetrar mas adelante, y se dirigió hácia la izquierda, donde debia encontrar las márgenes del Tweed, pensando con razon que si era descubierto este rio tan caudaloso y tan impetuoso en sus aguas le ofrecia un medio de salvacion, peligroso si se quiere, pero no obstante posible.

Al cabo de cien pasos, poco más, andados por la orilla, creyó oír algun ruido, y se detuvo á escuchar

de Dios y de su dama salga á romper una lanza con Guillermo Douglas.

— Cumpliré vuestra voluntad, monseñor.

En este momento la ronda nocturna, mandada por Douglas, había llegado al mismo sitio donde estaba Guillermo oculto, de modo que Douglas, extendiendo su espada, hubiera tocado á aquel que pensaba desafiar al día siguiente y al que creía tan lejos de sí; empero esta vez el animal demostró la superioridad de sus sentidos á los del jinete, porque al pasar ante Guillermo, el caballo de Douglas se detuvo, extendió el cuello y dirigió sus narices hácia el jóven y arrojado gobernador, que sintió en su rostro el aliento cálido y húmedo del alazan.

— ¿Qué hay, Fingal? dijo Douglas asegurándose en su silla.

— ¡Quién vive! gritó Gregorio, echando mano á la empuñadura de su espada.

— Alguna nutria que acecha á algun pez, alguna rana que busca fortuna por la orilla.

— ¿Quereis, monseñor, que eche pié á tierra y busque la causa del ruido?

— No, eso no merece la pena. Vamos, Fingal, continuó Douglas espoleando su caballo; vamos, no perdamos el tiempo.

Y luego, dirigiéndose á Gregorio, añadió:

— Y tú, Gregorio, no olvides mi encargo, vé mañana al castillo, y en mi nombre desafía á su gobernador, que creo no...

Guillermo no pudo oír mas, porque los interlocutores, como se iban alejando, se hallaban ya á gran distancia; envainó su cuchillo, se desprendió de las adelfas y continuó su camino sin encontrar otro obs-

táculo que el foso que los soldados habían abierto al extremo del río. Valeroso y ligero como un montañés, lo salvó de un salto y se encontró fuera del campamento.

Guillermo caminaba, hacia cerca de dos horas, cuando los primeros rayos del día colorearon las cimas de las montañas, al pié de las cuales seguía un estrecho sendero. Poco á poco la luz pareció reflejarse sobre la explanada de las inclinadas colinas; al mismo tiempo, una espesa neblina, que la noche había amontonado en el fondo del valle, empezó á ponerse en movimiento, semejante á las olas del mar en la hora del reflujo. Durante algunos instantes la niebla permaneció así flotante, entre Guillermo y el horizonte, que le ocultaba como si sintiese abandonar la tierra; por último elevóse como entre un telón de teatro, dejando aparecer al través de su húmeda gasa, un paisaje iluminado por esa semi-tinta crepuscular que disipa la noche, pero que no obstante no es la clara luz del día.

Entonces, en medio de esa límpida y poética atmósfera, un canto escocés empezó á oírse allá á lo lejos. Guillermo reconoció desde luego las agudas modulaciones del pífano campesino, y deteniéndose al punto, prestó atención.

En este momento, á algunos quinientos pasos de él, y desde la cima de un pequeño montecillo, formado por los accidentes del camino, vió aparecer dos soldados escoceses que conducían al campamento una yunta de bueyes, que sin duda acababan de robar en una granja vecina. Uno de los dos soldados iba montado sobre una jaca, y picaba á los bueyes con la punta de su lanza para hacerlos caminar.

Guillermo, al aperebirlos, hendió el arco, sacó una flecha del carcaj y se paró en medio del camino á esperar que se hallasen mas próximos; los Escoceses, por su parte, hicieron sus preparativos de defensa. Estos preparativos eran tanto mas urgentes, cuanto que la naturaleza del terreno no ofrecia otro pasaje que el sendero donde estaba Guillermo, estrechado de un lado por el rápido declive de la montaña, y del otro por el rio.

Entretanto, los Escoceses siguieron andando, viendo á Guillermo inmóvil, el cual, cuando los vió á la distancia de ciento cincuenta pasos, extendió la mano hácia ellos y les gritó en escocés, que gracias á su proximidad á las fronteras, lo hablaba perfectamente :

— ¡Hola! señores de las patas encarnadas, alto ahí, hasta que no nos hayamos explicado.

— ¿Qué quereis? contestaron los Escoceses, que al oír hablar su lengua, no sabian si tenian que habérselas con un amigo ó con un enemigo.

— Quiero, en primer lugar, que me des tu caballo, amigo ganadero, atendido á que tengo yo que hacer una caminata de muchas leguas, mientras que á tí no te quedan mas que dos para llegar al campamento.

— ¿Y si yo no quiero dártelo?

— Te lo quitaré á la fuerza.

El escocés se echó á reir y aguijoneó á sus bueyes sin responderle. Guillermo, por su parte, conociendo que era inútil continuar la conversacion, ajustó la flecha al arco; el escocés vió el movimiento hostil del jóven ballestero, y previendo sus consecuencias, se arrojó al momento del caballo, cogió á

un buey por la cola y se hizo de él un parapeto, como ya lo habia hecho su camarada.

— ¡ Ah! ¡ ah! gritó Guillermo, riéndose de la táctica; parece que mi caballo me costará dos flechas mas, no importa, cuéstemelo que me cueste, me he de hacer con él.

A estas palabras disparó el arco y la flecha partió silbando, y atravesó á uno de los dos bueyes que servian de parapeto á los Escoceses.

El animal, herido de muerte, se detuvo al pronto temblando sobre sus cuatro patas; despues dió un bramido terrible, y echó á correr con una viveza tan rápida, con la que no podria compararse la del caballo mas veloz; pero al poco tiempo, sus patas delanteras vacilaron y cayó sobre sus rodillas, continuando no obstante corriendo con la ayuda de sus patas traseras, y hendiendo la tierra con sus cuernos; pero eran los últimos esfuerzos de su agonía; sus patas traseras se doblaron á su vez, cayó, trató de levantarse, volvió á caer, extendió el pescuezo y dando un bramido plañidero, murió al momento.

Por mas corto que habia sido este momento, Guillermo habia sacado de su carcaj y ajustado á su arco una segunda flecha. La precaucion no habia sido inútil, porque el escocés viéndose descubierto, se habia montado de nuevo en el caballo, y picó derecho hácia el jóven ballestero; este levantó el arco mortal por segunda vez, pero su adversario se acostó de tal modo sobre el cuello de su montura, que era imposible al mas diestro arquero tocar al hombre, sin aventurarse á matar al animal. Guillermo pensó echar mano á su cuchillo y dejar el arco; pero al llegar ante el buey muerto, el caballo, es-

pantado, se encabritó y presentó el flanco de su caballero : este no fué mas que un instante, pero este instante fué suficiente al ojo rápido y certero del joven; el dardo partió, y el escocés cayó atravesado por la flecha de su contrario.

El caballo espantado siguió corriendo, piafando y relinchando; pero luego que estuvo á diez pasos de Guillermo, este dió un silbido del modo particular que usan los Escoceses para llamar á los caballos salvajes y errantes en la montaña; el animal, á este lenguaje conocido, se detuvo y empinó las orejas. Guillermo volvió á silbar; y entonces, lejos de huir, el animal se detuvo, y él mismo presentó la grupa á su nuevo dueño, que le montó al instante y se dirigió al segunde escocés, que de rodillas imploraba misericordia.

— Te perdono, dijo Guillermo, porque si tenia necesidad de un caballo, tambien la tengo de un mensajero. Júrame que cumplirás fielmente la comision que voy á darte.

— Lo juro.

— Está bien; ahora irás, en primer lugar, á ver á David de Escocia, y le dirás que Guillermo de Montaignu, gobernador del castillo de Warek, ha atravesado su campo esta noche y que tú le has encontrado cuando iba á Berwick en busca del rey Eduardo; despues irás á ver á Douglas, y le dirás que Guillermo ha oido su desafio y lo acepta; pero presumiendo que él no esperará su vuelta, él mismo se encarga de ir á indicarle las armas, el lugar y las condiciones del combate. Por último, matarás aquí el buey que te queda, para que ni tú ni persona alguna se apro-

veche de su carne. Ahora, levántate y cumple tu promesa : estás libre.

A estas palabras, Guillermo de Montaignu puso su caballo al galope, y caminó con tanta velocidad, que á las cinco horas llegó á la ciudad de Berwick, donde encontró á Eduardo revistando un numeroso ejército.